

## Marginal

## DON ADOLFO RUIZ CORTINES

Por Manuel López Pérez



En el año de 1952, describimos una de las meditaciones de don Adolfo Ruiz Cortines, en aquellos días inquietos —inquietos por esperanza— que con su transcurso lo acercaban al poder. Quisimos entonces hablar de una de sus “horas más silenciosas”, inspirado por su propia leyenda: la de su hombría de bien, que aludimos en un epígrafe tomado de Hernández Catá. Nos regocijó imaginarlo como un hombre, sintiendo la euforia mezclada de angustia, esa

angustia eufórica con que el destino regala al corazón del héroe, a la hora del triunfo. Epico es el parto de la libertad de un pueblo, pero el dolor matiza esa epopeya cuando llega la hora de responsabilizarse de la vida de una nación, acatando y haciendo acatar el valor de sus instituciones. Porque entonces el hombre siente la pena de que graviten en su conciencia las deficiencias que caracterizan a todo ser humano y de que levanten la voz traicionera los vicios de una época, las cualidades negativas de otros hombres. Es la hora en que adquieren proporciones gigantescas los fantasmás del obstáculo, los endriagos de las resistencias al bien, los señuelos de la tentación, de las invitaciones o insinuaciones al error. La palabra de los intereses creados, de las ambiciones desmedidas, de las interacciones negativas. Sin el vencimiento de estas presencias malignas, no podría haber un héroe, no podría existir un santo. En esos instantes tremendos, es cuando debe llegar, hasta los grandes hombres, la fe del pueblo para confortarlos reafirmandolos en su virtud. Lo que más lamentó Jesús en el huerto fue indudablemente el sueño de los suyos, la rotura de su atmósfera de sacrificio, indispensable para tonificar al Hijo del Hombre, en el supremo trance del inicio de la pasión. Nuestra fe estuvo hace cinco años, con el ilustre Presidente de México. Y sigue encendida en nuestros corazones la lámpara de esa fe. Pero ya no es una fe esperanzada, sino una fe constatada, consagrada, devota, de reconocimiento. En el último año de esta Administración que la historia con justiciero fallo consignará como gloriosa, porque fue una administración de la virtud, suenan ya los hosannas, los aleluyas por el México Nuevo, surgido de los brazos, del pecho y de la venerable cabeza de don Adolfo Ruiz Cortines. No es posible acallar el júbilo con que reconocemos que nos está gobernando un hombre enamorado de su Patria, y que existen ya las pruebas para asegurar que en las palabras con que anunció su evangelio, al acercarse al sitio que ocupó Juárez, estaba contenido el caudal de realizaciones que ha dado al país. La vida, en este hombre ilustre, concordó con su pensamiento, y en esta sincronización de la acción con las ideas encontraba el clásico castellano con certero juicio, el más alto logro concebible entre los individuos de nuestra especie: el de ser hombre.



*Heraldo Michascano*

# Don Adolfo Ruiz

Los grupos que en su último mensaje, es decir en su más reciente mensaje, aludió con el calificativo de "privilegiados" —y seguramente que el término lo recogió del vocabulario popular— no lograron hacer de México un campo de dominio para las oligarquías no por definición, porque la riqueza que los tratadistas les atribuyen como nota clásica deben preexistir a su ascenso al poder, sino por formación, dado que ve-nía padeciéndose en México el tipo de oligarcas que ya pre-

sentía Bolívar cuando hablaba de evitarlas en exposiciones relativas al Congreso de la Angostura y que se configuran al adquirir la riqueza desde los puestos públicos; tampoco se consiguió una jauja para los importadores de tácticas que corrompen toda moral, porque niegan fundamentalmente los atributos de la persona humana; no hubo resistencias capaces de hacer detenerse el avance institucional revolucionario de México, y menos aún se permitió influencia alguna que menoscabara la soberanía nacional.

La administración de don Adolfo Ruiz Cortines se mantiene serena, por dentro y por fuera. Las conmociones de su seno han sido el señorío de un hombre que no sólo ha presidido con la majestad de Juárez y que como él ha puesto de moda el cumplimiento respetuoso de la máxima ley nacional, sino que considerando a la Constitución como programa de la Revolución, ha dado pasos de frente en el cumplimiento de los postulados por los cuales se vertió la sangre y estalló la palabra en páginas ardientes o en arengas encendidas.

Los arcángeles del mal deben tener más ennegrecidas las alas con que revuelan en torno de su aciago destino, porque don Adolfo Ruiz Cortines ha consagrado como dogma político el derecho de los mejores, encontrados por el único camino posible para conseguirlo: el de la deliberación popular, sin guías oficiosos, sin falsos apóstoles, sin agoreros prometedores, orientada exclusivamente por las necesidades padecidas, por los sueños acariciados. Y esto debe ser así, porque los mejores —como queda probado con la presencia del actual Presidente en el solio del Benemérito,— no entienden el gobierno que se les encomienda como una ocasión para el esquilmo del rebaño, sino como la gloriosa ocasión de entregar la vida de sacrificarse en las aras del servicio público, luchando por obtener la felicidad del pueblo que los ha ungido con los sagrados óleos de su dolor y de su esperanza.

Asistimos al enmudecimiento de las voces tentadoras, de las escépticas, de las cínicas, de las aduladoras, de las amena-zantes. Don Adolfo Ruiz Cortines ha "puesto de moda la virtud", ha hecho —y bienaventurado sea por ello— "una leyenda de su hombría de bien"; ha propiciado y garantizado la transformación de México. La limpieza moral que se hizo necesaria en sus días como circunstancia inevitable, ahora es una imperativa condición SIN LA CUAL NADIE PODRÁ LLEGAR AL PODER. Este es el gran signo con que el pre-claro veracruzano ha coronado anticipadamente su obra in-mortal, y el pueblo ha escrito en su conciencia donde es más efectivo que sobre las piedras frontales del Palacio de los Virreyes, la ruizcortinista divisa: SOLO LA VIRTUD PODRÁ GOBERNAR AL MEXICO NUEVO.